

tubre, en cuya fecha determinó Hidalgo salir de Guanajuato con dirección á Valladolid.

En esta ciudad, desde que se tuvo noticia de la revolución de Dolores, se dispusieron para resistirla, D. Juan Alonso de Terán, que funcionaba de intendente; su Obispo Abad y Queipo, bajo cuya dirección se fundieron algunas piezas de artillería, varios canónigos de los que Don Agustín Ledos, fué electo para que se pusiera á la cabeza del regimiento provincial, y compañías que comenzaron inmediatamente á levantarse y casi todos los españoles allí avecindados; pero todos ellos huyeron para México, luego que supieron la aproximación de Hidalgo, cuyos triunfos eran bien sabidos, y entendieron que no podían contar ni con la tropa ni con el pueblo, que bien á las claras manifestaba sus simpatías por la independencia, no obstante la excomunión que el Obispo había lanzado contra Hidalgo y sus compañeros. En efecto, Hidalgo, que había hecho su expedición por el Valle de Santiago y Acámbaro, se hallaba ya en Indaparapeo, pueblo distante de Valladolid cinco leguas, y su ejército había subido á sesenta mil hombres, pues no había población, hacienda ó rancho por donde pasase sin que no se le agregaran partidas de más ó menos consideración, como en las inmediaciones de Celaya. Además, la tropa disciplinada había recibido algún aumento, porque no sólo se contaba con el regimiento de la reina, que había salido de aquí, sino con el batallón de infantería de

Celaya y el de Guanajuato, bien armados, y con cuatro cañones, dos de bronce y dos de madera. En dicho pueblo recibió Hidalgo una comisión venida de Valladolid compuesta del canónigo Betancourt, del capitán Don José M. Avancibia y del regidor don Isidro Huarte. En ella, á lo que parece, se estipuló que recibiendo de paz la ciudad al ejército, no se permitiría el robo ni ningún otro desorden. Bajo este pie y saludados por la ciudad con repique general de campanas, cámaras, compostura en sus calles y repetidos vivas, hicieron su entrada el diez y siete de Octubre el Cura Hidalgo, Don Ignacio Allende, Don Juan Aldama y Don Mariano Balleza, habiéndolo verificado desde el quince D. Mariano Jiménez, joven distinguido por sus talentos, por su actividad y celo en favor de la independencia y que con el grado de coronel había salido con Hidalgo de Guanajuato, su país natal, que iba en la vanguardia, y el coronel Rosales, aunque sin representación pública. Hidalgo, antes de llegar á la casa del canónigo Cortés, donde se le había preparado su alojamiento, quiso entrar á la iglesia catedral para hacer oración; pero como la encontrase cerrada, se irritó demasiado y dijo que á excepción de cuatro, iba á dejar vacantes las demás sillas. Acaso lo hubiera hecho así, pero habiendo hallado en dicha casa de su alojamiento á los canónigos Michelena, Silva y otros que justificaron, en cuanto les fué posible, al cabildo, quedó enteramente satisfecho. Para el día siguiente se dispu-

so una misa solemne en acción de gracias, mas sólo se sabe que asistió á ella Don Ignacio Allende y no el señor Hidalgo. Don Carlos Bustamante cree que no hubo en esta función todo el brillo y suntuosidad que era de esperarse y por lo mismo no asistió.

La presencia del cura en Valladolid hizo como debe suponerse, que bien pronto desaparecieran las tablillas en que se había fijado la ex-comunión que fulminara en su contra y la de sus compañeros, llamándolos herejes, traidores al rey, etc., el Obispo Abad y Queipo. Alzó tal excomunión el Conde de Sierra Gorda, á quien en su ausencia nombró gobernador de la Mitra, dicho Obispo, si bien esto le valió de qué agrios reproches del Virrey, por lo que pronto repitió la excomunión, alegando que la había alzado por coacción, terror y violencia. De este modo se jugaba con las armas de la iglesia y por consiguiente, se ponían en ridículo.

A pesar de que era más numeroso el ejército y de que se había acostumbrado ya, digámoslo así, á saquear las casas de los españoles, en Valladolid, fuese por el castigo severo que les había aplicado Don Ignacio Allende en Guanajuato, fuese por el ofrecimiento que se le había hecho á la comisión, de que no se permitiría desorden alguno en aquella población, ó fuese también por la solemnidad con que fué recibido, se condujo al principio con la moderación que apenas podía esperarse de él, atendiendo á su viciosa propensión y en ella quizá hubiera con-

tinuado por las razones antedichas y porque, además, estaba suficientemente pagado; pero como muchos soldados, y con especialidad los indios, mezclaban imprudentemente en sus comidas pesadas frutas, dulces y licores de todas clases, lo que les ocasionaba un horroroso fermento y una muerte más horrorosa aún, se divulgó entre ellos la voz de que estaba envenenado el aguardiente de la tienda de Don Isidro Huarte y, enfurecidos, acometieron, no sólo contra esta tienda, sino contra varias casas de españoles, particularmente las de Terán, Bárcena, Aguilera, Olarte, Lozal y Aguirre, robando cuanto había en ellas y aun destruyendo adornos, pinturas y cuanto no podían llevarse.

Allende, que como hemos visto, se había desprendido del mando supremo y ni aun compartirlo quería ya con Hidalgo, pues la intimación de rendición á los españoles de Guanajuato, sólo iba firmada por éste y no por aquél, á diferencia de las que se les dirigió á los de Celaya, que lo fué por ambos, no podía ni debía tampoco dictar providencia alguna que fuese general, principalmente en casos extremos, como el de que se trata; mas como también hemos podido verlo, su alma era noble, generoso su corazón y de aquí resultaba que apenas veía que el mal comenzaba á desbordarse y en el instante se apresuraba á contenerlo, muchas veces y casi siempre, con peligro de su propia vida. Por eso fué que tan luego como supo que el ejército y la plebe estaban robando las casas que deja-

mos mencionadas, montó á caballo y con la ligereza que acostumbraba, penetró por enmedio del tumulto, para sofocarlo. No bastaba su voz ni los golpes con que hacía caer al suelo á quienes alcanzaba, y por lo tanto, y antes de que se extendiera el saqueo y tumulto á toda la población, mandó traer un cañón y lo hizo disparar sobre los más obstinados, con lo que hubo varios muertos y heridos, y así se restableció inmediatamente el orden. Sin embargo, muchos de los soldados y de la plebe, aunque sin proferir un solo grito, tenían fijas sus miradas en la tienda de Huarte, expresando en ellas su desconfianza y encono mal reprimido, y aunque Allende pudo entonces con una palabra, por haber cesado enteramente el robo y la algazara, ó retirarse satisfecho de que ya no se repetiría, olvidándose de su alta dignidad y desentendiéndose del peligro que corría su existencia, pues al fin era posible el hecho que había aterrorizado á los indios, se acercó á las puertas de dicha tienda y pidió un vaso de aguardiente á uno de los cajeros, y con él en las manos se dirigió á la multitud, que lo veía con cierta especie de espanto, porque creía indefectiblemente se había de envenenar, y le dijo: "No está envenenado este aguardiente, y en prueba de que esta es mi convicción, vean ustedes con qué confianza lo tomo," y acabando de decirlo lo apuró. Al devolverlo vacío al cajero le dijo; no con enojo ni dándose importancia, sino sonriéndose y en tono de chanza: "si el aguardiente está en-

venenado, ya puede usted prevenirse (1) y se retiró á buscar á Hidalgo, á quien le manifestó la necesidad de corregir con dureza aquellos desórdenes y sobre todo, la de despedir á los indios y brosa que tanto dinero consumían, y que lejos de servir en los combates que indudablemente tendrían más adelante con los realistas, les había de perjudicar: Gallegos, que era sargento de las milicias provinciales de infantería y había recibido el grado de coronel, le dijo, además, que si él hubiera sabido qué clase de gente traía, le habría impedido la entrada á Valladolid con solo el regimiento de su mando: pero Hidalgo creía siempre que su sistema de tolerancia por una parte y el movimiento general del reino por otra, eran las palancas más fuertes para derribar al gobierno español, y para hacer con más prontitud la independencia, y poco ó ningún caso

[1] Atacado de una grave enfermedad Alejandro Magno, tomó sin vacilar la vevida que le presentaba Filipo su médico, no obstante haberle anunciado Parmenion en una carta que estaba envenenada. Pues si este rasgo ha merecido universales elogios, aunque en él no se descubren mas fines que el de dar Alejandro á su médico una prueba de confianza y recobrar su salud; con cuanto mas razon no deberá exitar admiracion la inimitable generosidad con que Allende expuso su existencia tomando un licor que se aseguraba estar envenenado solo por salvar la vida de sus amigos? pero estaba reservado al odio que devoraba á D. Lucas Alamán contra la independencia de México y sus caudillos, el calificar este hecho heroico de *temeridad superflua*. Por fortuna la virtud es indefectible, y el que intenta destruirla, ó escarnecerla, no hace mas que poner á la vista de todos su propia perversidad.

hizo de las insinuaciones que se le hacían.

Nada más de dos días permaneció Hidalgo en Valladolid, pero en ellos dió autoridades á la ciudad, del mismo modo que lo había hecho en Guanajuato, habiendo nombrado intendente á Don José M. A. , que pertenecía á una de las familias más distinguidas de Valladolid. En tan corto tiempo, su ejército tuvo un aumento de más de quince mil hombres; agregándole también el regimiento de caballería provincial compuesto de dos batallones; ocho compañías de infantería, que recientemente se habían levantado y el regimiento todo á dragones de Pascuaro. Se proveyó de dinero, tomando de las arcas de catedral cuatrocientos mil pesos y algunas otras sumas de particulares. Con esta prevención y entendiendo que era necesario dirigirse á México antes de que el Virrey pudiera presentarle mayor resistencia, como había de suceder dándole tiempo para fortificar la ciudad y alistar su fuerza armada, salió de Valladolid el diez y nueve de Octubre, al frente de poco menos de ochenta mil hombres. Dicese que D. Agustín Iturbide, que después fué emperador de México, y entonces no era más que teniente de las nuevas milicias que dejamos mencionadas, tuvo una entrevista con el señor Hidalgo en la que éste le propuso una colocación distinguida en sus tropas, pero que no siendo la de mariscal de campo, á la que aspiraba, no quiso aceptarla y se dirigió á México con objeto de ofrecer sus

servicios al virrey. En esta especie no están conformes ni don Carlos Bustamante, ni don Lucas Alamán, ni Don Vicente Roca Fuerte. Acaso el tiempo podrá aclararla. También habló con Hidalgo el famoso Don José Ma. Morelos, cura de

, que en tiempos posteriores pudo dar tantos días de gloria á la nación y previo permiso de gobernador, aunque con repugnancia de éste, como debe suponerse, tomó las armas al frente de unos cuantos mozos suyos y soldados mal armados, y se dirigió al puerto de Acapulco, el cual debía tomar y mover toda la costa por orden de Hidalgo.

En su tránsito para la capital se detuvo el ejército en Pueblo de Acámbaro. Allí, según el diario de García Conde, á que se refiere Alamán en su apéndice fué Hidalgo proclamado generalísimo y en la promoción que se hizo se dió el empleo de capitán general á Allende; fueron nombrados tenientes generales Aldama, Balleza, Jiménez y Arias; y Abasolo, Ocón, los dos Martínez y otros, obtuvieron el grado de mariscales de campo. El acto se solemnizó con Te-deum, y repiques. Pero antes de pasar adelante, debemos decir que en las inmediaciones de Acámbaro fueron hechos prisioneros por una partida de insurgentes y presentados á Hidalgo, llevándolos consigo Don Manuel Merino, Don Diego García Conde y el conde de Casazul, que iban por orden superior á la ciudad de Valladolid. Pasados estos días, siguió el ejército su camino por

el rancho de la Luna, Tacámbaro, la Jordana é Ixtlahuaca, deteniéndose en las inmediaciones de Toluca, mas veamos en el entretanto lo que pasaba en la ciudad de México, á donde se dirigía, como acabamos de decirlo. Era virrey de la entonces Nueva España, Don Francisco Javier de Venegas, recién venido de la Metrópoli, y tanto, que dos días antes del grito de Dolores, esto es, el catorce de Septiembre, se había recibido del mando, según los escritores de la época, no era hombre de mucho espíritu ni de grandes conocimientos militares, pero fuese porque venia de una nación agitada por la guerra que sostenia con las primeras tropas del emperador Napoleón, cuyo hermano José ocupaba el trono, no siéndole, por lo mismo, extraño el movimiento de las revoluciones, ni el ruido de las armas, fuese también por el triste concepto que se le hizo formar de los mexicanos, pues tratando de la insurrección le dijo el oidor Don Guillermo de Aguirre y Viana, que la gente del país era una canalla tan ruin y baladí, que bastaría sonarle un pergamino con un palo como á los borricos para espantarlos y que huyesen despavoridos, no le causó turbación alguna, á lo menos en lo ostensible, la noticia que se le diera del plan que se había descubierto en Querétaro, y sólo se limitó á mandar á dicha ciudad, en clase de comisionado, al Alcalde Don Juan Collado, en unión del escribano Don José M. Moya, para que sentenciase causa contra el corregidor Domínguez y demás que resulta-

sen culpados y se la remitiese en estado de sentencia, como sucedió, verificándose á consecuencia de esto varias prisiones, si bien inútilmente, porque, como hemos visto, Allende tuvo oportuno aviso de estas providencias y se apresuró á dar la voz de independencia. Sin embargo, el virrey supo después la celeridad con que se extendía por todo el reino la insurrección, conoció el peligro de ser envueltos los españoles todos, y él mismo, á pesar de su jerarquía, en una gran catástrofe, y se apresuró á contenerla de cuantas maneras le fué dable.

Al efecto, y considerando que era preciso situar en Querétaro, por ser población grande y de recursos y por estar cerca del teatro de los primeros sucesos, una guarnición respetable, libró las órdenes correspondientes para que marchase á ocuparla el coronel Don Manuel de Flon, intendente de Puebla, y que lo había acompañado en su venida á México, como lo hizo el veintiséis de Septiembre al frente del regimiento de infantería de línea de la corona, compuesto de dos batallones y cuatro cañones de á cuatro sujetos al teniente coronel de artillería, D. Ramón Díaz Ortega; algunos días después, una columna de granaderos, con dos batallones de siete compañías á las órdenes de Don José Yalon, y, por último, los regimientos de dragones de México, de línea, y el provincial de Puebla. En el entretanto, y para no dejar sin fuerza á la capital, previno viniesen á ella los regimientos provinciales de infantería de Puebla

y de las Tres Villas (1), así como la tropa de mar de la fragata "Atocha," en que el propio Venegas viniera de España, á las órdenes de su comandante y capitán de navío Don Rosendo Portier. El lenguaje impío, obsceno y descomedido de estos marinos, dice Don Lucas Alamán, y todo su comportamiento mientras estuvieron en el país, no era lo que podía reconciliar los ánimos, prevenidos contra los españoles, y así fué que esta tropa causó más mal que bien. Por el contrario, la capital admiró el aire marcial y severa disciplina de los cuerpos provinciales, los cuales durante toda esta guerra, se portaron con mucha bizarría.

Por el estilo que se había practicado en Cádiz dispuso también el virrey para atender á la mayor seguridad de México, y dejar libres las tropas que quedan mencionadas, se organizaran cuerpos de vecinos que prestasen su servicio á sus propias expensas, y en tal concepto, mandó que todos los españoles y mexicanos capaces de llevar las armas y que pudieran sostene-

[1] Bustamante hablando de la fuerza armada que había en esta vez en México, dice: "Segun hago memoria consistía en el regimiento de infantería veterana de nueva españa; un batallon de milicias de infantería de México, otro llamado cuautitlan, un batallon del hijo de México, el regimiento de milicias de Puebla, dragones panaderos urbanos, dos batallones de infantería, del comercio, tres idem de patriotas, una seccion de artillería agregada á la artillería veterana, otra de caballería patriótica, el regimiento de milicias de infantería de Toluca que estaba en marcha de Puebla para México, el de Tulancingo y otros varios piquetes que por todo harian siete mil hombres."

se sin sueldo alguno, formaran tres batallones de infantería de quinientas plazas cada uno, un escuadrón de caballería y una compañía de artillería, sirviéndoles de jefes las personas de más consideración, y de coronel el mismo Venegas. Por último, dispuso que se pusieran sobre las armas las brigadas de San Luis Potosí y Guadalajara al mando, aquélla, de Don Félix M. Calleja, y ésta, al de Don Roque Abarca y que inmediatamente saliesen para Valladolid. Don Manuel Merino, Don Diego García Conde y el Conde de Casa Rul, el primero con la investidura de intendente, el segundo para que se encargara de la Comandancia y el tercero para que se pusiera al frente del regimiento de que era coronel, si bien ninguno de ellos ocupó el puesto que se le destinaba, pues como poco ha se dijo, los tres fueron hechos prisioneros cerca de Acámbaro y presentados al Cura Hidalgo.

Pero como debe suponerse, no eran estas las únicas medidas que se dictaban para contener los avances de la revolución y preparar los triunfos de la causa del rey; todos los empleados españoles, según su clase y su influencia, obraban en el propio sentido. El Arzobispo Lizana, virrey que había sido de la Nueva España, luego que supo que se ponía en duda la validez de la excomunió que fulminara el Obispo electo de Michoacán contra Hidalgo, y sus compañeros, cuya duda nacía de su nombramiento de Obispo, porque lo había hecho la regencia y no el rey, en quien residía única y exclusivamen-

te el derecho de patronato, expidió un edicto en 11 de Octubre, declarando que dicha excomunión era legal, que por lo mismo, los fieles estaban obligados en conciencia pena de pecado mortal y de quedar excomulgados, á la observancia de lo mandado por el expresado Obispo; y el propio Arzobispo dirigió un pastoral en 18 del mismo mes, á todos los curas de su jurisdicción, impugnando las bases en que se apoyaba la insurrección, haciendo que se leyere y fijase en las iglesias de su demarcación. "La inquisición entonces tan temida, dice Don Lucas Alamán, publicó también un edicto en que hizo cargo á Hidalgo de todos los errores de que había sido acusado ante aquel Tribunal, y por los cuales se había comenzado causa contra él desde el año de 1800, no habiéndose continuado ni procedido á su prisión, por la reforma que en él se había notado.... El edicto termina citándolo á comparecer dentro de treinta días en la sala de audiencia del Tribunal, so pena de seguir la causa en rebeldía hasta la relajación en estatua, imponiendo excomunión mayor, quinientos pesos de multa y las demás penas que establece el derecho canónico y bulas apostólicas contra los fautores de herejía. "á todas las personas que aprobasen la sedición, recibiesen proclamas, mantuviesen trato ó correspondencia epistolar con Hidalgo ó le prestasen cualquiera género de favor ó ayuda, así como también á todos los que no denunciasesen ó no obligasen á denunciar

á todos los que favoreciesen las ideas revolucionarias ó de cualquiera manera las promoviesen ó propagasen." "Para unir la fuerza de la persuasión á la de las armas de la guerra y de la iglesia, dice también el propio autor, excitó el virrey á todas las corporaciones literarias y á todos individuos conocidos por su instrucción á que escribiesen combatiendo la revolución. Salieron á luz con este motivo multitud de manifiestos, proclamas, exhortaciones de la universidad, colegios de abogados provinciales de las órdenes religiosas, cofradías y de varios particulares en que las mismas ideas y argumentos se repetían en diversas formas.... "Hizo el Virrey que también los diputados nombrados para las cortes dirigiesen la voz á sus comitentes exhortándolos á permanecer tranquilos y á esperar de la sabiduría del congreso de que iban á ser miembros el remedio de todos los males. El virrey á todas las razones que en estos escritos se presentaban contra los intentos de los revolucionarios, quiso agregar otra medida de que se prometía sin duda mayor efecto y fué ofrecer en la proclama con que hizo saber por bando, el levantamiento del cura Hidalgo, "un premio de diez mil pesos á los que lo entregaran vivo ó muerto con sus dos compañeros, Allende y Aldama, concediendo, además, todas las gracias y distinciones debidas á los que con tal hecho serían considerados como restauradores del sociogo público y prometiendo el indulto á los que habiendo seguido el partido de

la revolución entregasen á aquellos jefes.

Como se deduce de las anteriores líneas y de nuestro precedente relato, si la insurrección se propagaba con rapidez por todas partes haciéndose á cada paso más para el gobierno español, éste no descuidaba en combatirla de cuantas maneras estaba á su alcance y de aquí resultaba la necesidad de que la lucha fuese desde un principio tenaz y sangrienta.

Bajo de este concepto, apenas entendió el Virrey que se dirigía á México el ejército de Hidalgo y que de Ixtlahuaca, donde lo hemos dejado, se había acercado á Toluca, ordenó que saliese á encontrarlo el teniente coronel Don Torcuato Trujillo al frente de cerca de tres mil hombres de infantería y caballería regularmente equipados y dos piezas de artillería. La salida de este ejército se anunció en México por medio de carteles impresos y puestos en las esquinas, en los que se recomendaba también á la ciudad el orden y tranquilidad pública. Marchó, pues, Trujillo con dirección á Toluca por donde suponía había de venir Hidalgo, según las noticias que se le habían dado, mas no encontrándolo en esta ciudad y cierto de que estaba en sus inmediaciones, destacó una partida de dragones en el puente conocido por el nombre de don Bernabé. Esta fuerza no permaneció allí porque algunas avanzadas de los insurgentes que en efecto, no estaban lejos, la rechazaron y pusieron en fuga. Tal circunstancia lo hizo contramarchar al puente de

Lerma, donde comenzó á fortificarse con ánimo de esperar al enemigo, pero el cura de dicha población, don N. Viana, le advirtió el riesgo que corría de ser envuelto por los insurgentes, que podían tomar el inmediato puente de Atengo y aun cortarle la retirada para México y persuadido de esta verdad, tanto más cuanto que no le cabía duda en que una partida de caballería al frente de la cual iba Allende, se apresuraba á ocupar el camino de Santiago Tianguistengo, entre Lerma y México, determinó fijarse definitivamente en el puente de las Cruces, que no podía ser mejor á su intento, por lo muy ventajoso de su posición natural.

La batalla que se dió en este punto, si no la más famosa de los primeros caudillos, si indudablemente la más comprometida é importante por ser la primera campal que se les presentara, es referida de diversos modos por don Carlos Bustamante y don Lucas Alamán, á lo menos en cuanto á sus accidentes, y por lo mismo, nosotros, sin desmentir á estos escritores, siempre en pugna por su muy marcada diferencia de opinión en orden al movimiento del año de diez, y atendiendo de preferencia á la relación, aunque imperfecta, que nos han hecho algunos soldados de la reina que acompañaron á Allende en casi toda la campaña, y viven aún en esta ciudad, procuraremos dar una idea de ella, si bien con la brevedad que hemos observado hasta ahora y que conviene únicamente á esta clase de escritos.

Hemos dicho que Trujillo ocupó un punto á propósito para esperar el ejército de Hidalgo, y efectivamente, fué así, porque posesionándose de una de las alturas principales del puerto que también intentaban ocupar los insurgentes y no lo lograron por haber llegado allí media hora después, podía dominar al enemigo por más numeroso que fuese, con especialidad contando con buena tropa, es decir, bien equipada y disciplinada, y con jefes valientes y de más que mediana instrucción. Cuatro de éstos son los que figuran en la historia, el mayor Don José Mendivil, encargado de una parte de la infantería; el capitán Don Francisco Bringas, de la caballería; el teniente de navío, don Juan Bautista de Ustaris, de la artillería, y de la otra parte de la infantería, Don Agustín de Iturbide, que, como hemos visto, salió de Valladolid para México, con objeto de servir en las tropas realistas. Colocadas éstas en el orden que dispuso Trujillo, él mismo en el centro, Mendivil á la derecha y Bringas á la izquierda y avanzadas á cortas distancias, algunas guerrillas, que más que por rechazar las de los insurgentes, fueron allí destinadas para atraer el grueso del ejército contrario y emplear en él con más acierto los tiros de dos cañones de á cuatro que Trujillo había mandado encubrir con ramas para que no fuesen vistos por los insurgentes, como sucedió al principio, por ser aquel lugar abundante en árboles y barrancoso, esperó el momento de ser atacado.

Pero veamos en el entretanto el estado que guardaba el ejército de los independientes. Era numeroso, en efecto, pues pasaba de ochenta mil hombres, pero como se ha dicho, por todos los historiadores de la insurrección, incluyendo aún el mayor enemigo, el señor don Lucas Alamán, no servían para atacar ni los soldados disciplinados ni los paisanos de que se integraba (1). Hablando de estos ochenta mil hombres, Don Manuel Orozco y Berra, en su artículo del Diccionario de Historia y Biografía, dice "Entre ellos venían de á pie ó de á caballo, los regimientos que habían tomado parte en la revolución, rotos y sucios los uniformes, seis oficiales en espantosa indisciplina, habiendo vendido muchos soldados sus fusiles, las bayonetas ó los cartuchos, trayéndolos al desorden á semejante ruina; el resto era una chusma de indios y de gente del campo con piedras, con palos, con malas lanzas, sin organización de ninguna clase, presentando un espectáculo bárbaro y repugnante. Las hordas desnudas y hambrientas, venían mezcladas con un sinnúmero de mujeres cubiertas de harapos y con muchachos; eran familias enteras que se dirigian en busca de algo de que apoderarse co-

(1) Refiriéndose á los soldados dice, que habiendo abrazado el partido de Hidalgo se hallaban sin jefes y habian perdido su disciplina y moralidad, que traian á su frente cuatro malos cañones dos de ellos de madera manejados por soldados de Guanajuato "y á los indios" que no bajaban de ochenta mil armados de lanzas, piedras y palos, tan prevenidos para el saqueo de México que traian consigo los sacos para llevarse lo que cojiesen.

mo si se tratara de las antiguas emigraciones aztecas, era una irrupción de salvajes dispuesta para el pillaje. Cuatro piezas, dos de ellas de madera, era su artillería. "Pues en esta confusión y singular desorden, se presentaron el día 30 del mes de Octubre á eso de las ocho de la mañana, á las bien situadas tropas de Trujillo, las primeras partidas de las de Hidalgo, que por su desgracia, eran compuestas de indios. En medio de espantosos alaridos y con tanta mayor confianza, se acercaban al enemigo, cuanto era el silencio y la inacción de éste, que sólo aguardaba se acercasen más para batirlos con la artillería y hacer mayores estragos: seguían después de los indios los regimientos que se habían adherido á la revolución en esta ciudad, en Celaya, en Guanajuato y en Valladolid, de los que se encargó Allende officiosamente en vista de que Hidalgo no manifestaba plan alguno para aquel ataque acompañado de D. Juan Aldama, de D. Luis Malo, de D. Mariano Jiménez y otros jefes de su confianza y en ambas alas del ejército, la multitud de rancheros de á pie y de á caballo, que dividida en porción de fracciones se adelantaba ó atrasaba según la voluntad de sus respectivos comandantes.

Marchando así y subiendo por aquel tortuoso camino y como se lo había propuesto el jefe español, recibieron los indios las primeras descargas, causándoles tanto daño, que á los primeros cañonazos retrocedieron, no obs-

tante el entusiasmo de que estaban poseídos. Imposible habría sido, con esta clase de combatientes y en aquel extremado desconcierto, haber, no diremos triunfar de los realistas, pero ni aun desalojarlos de los puntos que tenían; pero allí estaba el genio de Allende, que por esta vez escuchaba sólo sus inspiraciones, y recogiendo la tropa de su confianza, que no pasaba de mil doscientos hombres de todas armas, se dirigió por el camino que ocupaba la multitud y las faldas de la sierra, que llenaban los rancheros á caballo y á pie á las posiciones enemigas: bien pronto cambió desde entonces el aspecto que presentaba el campo. Allende situó sus fuerzas de la manera que le pareció conveniente en un pequeño llano, dando el mando de la infantería á D. Juan Aldama y á D. Luis Malo, la artillería al de D. Mariano Jiménez, y reservando para sí la caballería que sin duda era su fuerte. A la vista de aquel aparato y sin que mientras dejara de jugar con muy buen éxito la artillería de Trujillo, que barría á los indios y gente del campo, que aunque quisiera no podía retirarse, porque los que se hallaban á la retaguardia se los estorbaban, especialmente la presencia de Hidalgo, que sin cesar los animaba, se desprendió de la derecha el capitán Bringas y el encuentro allí fué porfiado y sangriento. Era ya cerca de medio día y la acción comenzaba á generalizarse. Aldama y Malo se batían con denuedo y los rancheros, á pesar de su mortandad, se mantenían en sus respectivos puestos y hacían cuanto esta-